



Nº 314

EVANGELIO DE LA DOMINICA



Dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos a un hombre padre de familia, que salió muy de mañana a ajustar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en darles un denario por día, los envió a su viña. Y saliendo, cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos. Y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos se fueron. Volvió a salir cerca de la hora de sexta y de nona, e hizo lo mismo. Salió por fin cerca de la hora undécima, y vió otros que se estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha contratado. Dicesles: Id también vosotros a mi viña. Y al venir la noche, dijo el dueño de

la viña a su mayordomo: Llama a los obreros, y págales su jornal, comenzando por los últimos hasta los primeros. Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada cual su denario. Al llegar los primeros, creyeron que les daría más; pero no recibió más que un denario cada uno. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos sólo han trabajado una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondió a uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago ningún agravio: ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete: pues quiero yo dar a éste, bien que sea el último, tanto como a tí. ¿No me es lícito hacer de lo mío lo que quiera? ¿O será tu ojo malo, o envidioso, porque yo soy bueno? Así que los últimos serán los primeros, y los primeros, postreros. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

La jornada de la vida

Respondamos al llamamiento de Dios y trabajemos con ahinco en la viña que nos ha confiado, que es el alma, santificándola. La jornada durante la cual el Padre de familias nos tiene confiados, es nuestra vida. Porque esta vida es tan corta, corre tan aprisa que es como un día; un día en el cual no sabemos que hora es para nosotros. Nadie acierta a leer en el reloj del tiempo. Pensamos estar tal vez en la primera, en la tercera hora, y en realidad habremos llegado a la nona, a la undécima, o en el mismo umbral de la duodécima. Nos figuramos comenzar la jornada o estar acaso en el mediodía, y ya tal vez, sin darnos cuenta, nos cubren las sombras de la noche y todo va a terminar para nosotros.

Aprovechemos, pues, el tiempo presente que es el único de que estamos seguros.